

Edwards Bello y los errores de imprenta

Desde su casa natal que fue Valparaíso, clamaba en otros días Joaquín Edwards Bello en contra de los errores de imprenta, mencionando varios ejemplos de cómo a veces basta una letra para alterar el sentido de una frase.

Así denunciaba que en una publicación clandestina que hicieron de su libro "En el viejo Almendral", pusieron errores de todas clases. La edición contenía sustituciones de tal categoría que el novelista sospechaba que los correctores de dicha obra no entendieron nada de ella.

En vez de un revólver Smith y Wesson pusieron "un smith y un wesson"; en lugar de Quilpué, "quilipué"; en vez de zafada, "frazada"; "involucho", en lugar de involucro; "galpones", en lugar de galopes; "tasando", en lugar de rasando; "cambullonear", en lugar de brillar, y varias decenas más.

Y no sólo "En el viejo Almendral". En lo que él escribía periódicamente, en un artículo dedicado a los hermanos paraguayos reprodujo un verso del escritor y periodista Guido Spano, muy conocido en su época: "Llora, llora urataú en las ramas del yatay..." "Los correctores de mi crónica y mi vanidad —Edwards Bello estimaba que una errata era también un golpe a su vanidad de periodista y a veces resultaba un calmante—, cambiaron urataú, por urutarú, no una vez, sino tres", lo que le dolió más por cuanto no parecía errata sino una corrección al autor, máxime si se consideraba que urataú, como escribió correctamente, era palabra guaraní y aparecía en los diccionarios.

Poco días antes le habían cambiado la palabra usted por vucencia. Esto último le parecía tomadura de pelo, sonándole vucencia a cursilería, a sarao y a manjar blanco. En otra ocasión escribió respecto de la importancia que tienen las vocaciones. Los correctores pusieron la importancia que tienen las vacaciones.

La edición pirata de "En el viejo Almendral" la consideraba el cronista la más pintoresca colección de erratas tontas o graciosas, agregando: "Me hicieron

campeón del género. Fuerzas desconocidas se burlan de nosotros". Aquí, en censura de lo obrado, reproducía parte de una poesía del poeta argentino Emilio Frugone, que se titula "La errata": Es un duende maligno, solapado. Salta/en medio de las frases que el ingenio combina,/y con una terrible voluntad asesina/hunde en plena belleza el puñal de una falta./La construcción magnífica del pensador asalta./Al globo del estilo clava traidora espina./Y en el concierto del verbo desafina/emitiendo su nota perturbadora y alta".

Edwards Bello, en su queja ante los errores de imprenta —que eran muy usuales en otro tiempo, algo más escasos ahora, habiendo que atribuirlos a veces a equivocaciones o imperfecciones del estilo de los autores, eventualmente substituidas por lo que corresponde, re-

"La errata, en medio de las frases que el ingenio combina, en el concierto del verbo desafina..."

cordaba otras "perlas": Al poeta Manuel Gutiérrez Nájera, en vez de poner "el soldado debe empuñar la espada en defensa de la patria", pusieron el soldado debe empeñar la espada..." A otro cronista, que tuvo el capricho de declarar que no era indiferente a los mágicos encantos de la poesía, le hicieron aparecer diciendo que no era indiferente a los mágicos encantos de la policía. A Exequiel de la Barra le hicieron morir una dama de hipocresía en vez de hidropesía, y así varias más.

Menos mal que el tiempo no ha sido ingrato con nuestro coterráneo y no lo ha condenado al olvido. Recién no más, el actual segundo Vicepresidente del Perú, Luis Alva Castro, que a la vez es hombre de prensa, ha rememorado su amenidad, su humor y su travesura intelectual que hacía geniales sus crónicas.

Lautaro Robles.